

RUMIAR CON EL *SALMO* 62 (63)

Max Alexander, OSB¹ (+)

«No fue sin razón que los Padres decidieron que el salmo 140 se recitara todos los días, ya que lo consideran una saludable medicina, capaz de implorar el perdón de los pecados; deseaban que todas las manchas contraídas durante la jornada –sea en plazas, en casa o en cualquier otro lugar–, pudiéramos purificarlas cada atardecer, gracias a [la recitación de] este cántico espiritual. Es un eficaz remedio para hacer que desaparezca toda impureza. Lo mismo ocurre al [recitar el] salmo [62, salmo] matutino, nada impide que lo traigamos a la memoria brevemente. Este salmo [mañanero] reaviva el amor de Dios, despierta nuestra alma, inflamándola con un fuego vivificante, llenándola de gozo y de amor de caridad. Recordemos sus primeras palabras y cuál es la enseñanza que nos brinda: *¡Oh Dios, Dios mío, estoy velando desde la aurora, por ti suspiro, mi alma tiene sed de ti!* (Sal 62,1). ¿Captan el inflamado amor que trasuntan estas palabras? Allí donde reina el amor de Dios, todos los vicios desaparecen; allí donde la memoria de Dios –su recuerdo–, es permanente, todos los pecados se evaporan y la maldad queda aniquilada. *Así es como yo me ponía en tu presencia, en tu santuario, para contemplar tu poder y tu gloria* (Sal 62,3). ¿Qué significa “así”? Con un deseo y un amor tales, que lleven a vislumbrar tu gloria» (Juan Crisóstomo, *Comentario al Salmo 140*,1).

1 Monje de la Abadía Santa María de Los Toldos, fallecido el 11-4-2016.

**Leccionario: Salmo 62, 2. 3-4. 5-6.
8-9 (R.: 2^b)**

[¹ Salmo de David. Cuando estaba en el desierto de Judá].

*² Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco ardientemente;
mi alma tiene sed de ti,
por ti suspira mi carne
como tierra sedienta, reseca y sin agua.*

³ Sí, yo te contemplé en el Santuario para ver tu poder y tu gloria.

*⁴ Porque tu amor vale más que la vida,
mis labios te alabarán.*

⁵ Así te bendeciré mientras viva y alzaré mis manos en tu Nombre.

*⁶ Mi alma quedará saciada como con un manjar delicioso,
y mi boca te alabará con júbilo en los labios.*

⁸ Veo que has sido mi ayuda y soy feliz a la sombra de tus alas.

⁹ Mi alma está unida a ti, tu mano me sostiene.

**Liturgia de las Horas: Salmo 62, 2.
3-4. 5-6. 8-9 (R.: 2^b)**

*Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma esta sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.*

*¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.*

*Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.*

*Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene.*

“El ser humano no se mantiene en pie gracias a sus riquezas, ni debido a su sabiduría, ni menos aun, gracias a sus propias fuerzas.

¿Y, entonces, qué es lo que le permite mantenerse en pie?

¡Su oración!” (*Midrash Tehillim* 142,1).

¡Repíte, asimila, vive la palabra! Repíte, durante toda la semana, una y otra vez:

{inspirando}

{expirando}

¡Tengo sed de ti!

¡Señor, Dios mío!

Sugerencias para la jaculatoria:

¡Mi alma está sedienta de ti! // ¡Señor, Dios mío!

O bien:

¡Tengo sed de ti! // ¡Señor, Dios mío!

Notas exégeticas al servicio de la lectura orante:

(a) Salmo muy amado por la tradición mística: estamos en presencia de un poema inundado por el hambre y la sed de Dios. Esta lírica es un “obra maestra” gracias a su densidad simbólica, no obstante sus cambios de tonalidad, de la súplica al himno. Al hilo de la simbología física se va entretejiendo una verdadera geografía del alma: ella tiene sed del infinito tal como la árida y reseca tierra de Israel, resquebrajada por el calor; siente hambre de la carne de los sacrificios (v. 6), es decir, del culto, sus labios ansían la dulce miel de la alabanza. La meta es la de un abrazo largamente soñado, al cabo de una noche de vigilia que velando, espera: *mi alma está unida a ti* (v. 9). Pero este cántico de intimidad total con el Señor se cierra con una escena lóbrega y fosca, poblada de chacales, espadas, cavernas infernales, seres maléficos y mentirosos. Es la proclamación que el mal ha dejado de existir: en la adhesión mística se descubre un irrefrenable optimismo frente a la historia: “Nada podemos pedirte; tú conoces nuestras necesidades aun

antes de que nazcan; sólo te necesitamos a ti: Al darte a ti mismo, nos lo das todo” (Kh. Gibran).

(b) El orante aguarda la concesión de *lai’hesed* (= bondad, misericordia, amor) divina, la benevolencia que acoge al perseguido en la comunión con YHVH: *Tu amor-bondad-misericordia vale más que la vida*; esta frase es notabilísima, ya que muestra cuál es el supremo bien. No lo es ni la vida, como tal, en su intensidad feliz y en su extensión duradera, sino la comunión con el Señor – comunión concedida gratuita y bondadosamente–: ¡éste es el bien supremo que el hombre puede recibir! Semejante confesión de fe por parte del salmista nos permite comprender la honda transformación de todos los valores de la vida que se ha llevado a cabo, ya que la vida y su prolongación, como don del Señor, había sido, hasta entonces, el mayor de los bienes para Israel.

(c) Una relación tan íntima, como la expresada en este salmo, la llamaríamos nosotros espiritual; por eso mismo nos llama la atención la densidad corpórea de esta profesión de confianza. Además de los verbos que significan alabanza, como alabar, bendecir, aclamar, encontramos dos verbos que podríamos llamar psicológicos: recordar y meditar (v. 7). El resto pertenece al cuerpo en sus funciones elementales y en sus sentidos. Madrugar, tener sed y desfallecer, saciarse, estar a la sombra de, estar en el lecho; contemplar, hablar con la boca, levantar las manos, pegarse a uno, sentir el contacto de una mano; ver, gustar, tocar y aclamar: es curiosa la ausencia del escuchar (que cerraba el salmo precedente). A su vez, los sentidos proyectan en Dios símbolos corpóreos: su mano, su dorso (= detrás de, v. 9), puramente sensible, y funcionan como símbolos de experiencia espiritual. Los ojos ven realmente el templo, pero en él contemplan el poder y gloria de Dios, su majestad presente sin figura. La garganta (*nefesh* = en la versión litúrgica: “alma”) tiene sed, de Dios; la carne desfallece, por Dios. El deseo se sacia, como de un banquete, y probablemente ha participado en el banquete sacrificial. Toca una diestra, que es la de Dios; se pega tras él en cercanía inmediata. Los sentidos expresan simbólicamente la experiencia espiritual, pero comprometiendo toda la persona, bien lejos de un espiritualismo desencarnado (desen-carn-ado significa sin carne).

Algunos maestros de vida espiritual hablan de verdaderas sensaciones nuevas provocadas por la experiencia espiritual: el contemplativo tiene sensaciones reales de olfato y gusto, irreducibles a olores y sabores conocidos. ¿Habrá que incluir en ese contexto el *saciarse como de enjundia y de manteca*? (v. 6). El caso

de la visión, como experiencia sensorial sin objetos externos, está bien atestiguado en la Biblia y en muchos textos religiosos: hasta puede ser medio de comunicación profética. Esa visión no se identifica con una experiencia puramente sensorial ni con fenómenos de eidetismo. Pues bien, algo semejante se puede hipotizar para otros sentidos: olfato, gusto y tacto. Sucede que son menos frecuentes y conocidos que la visión (L. Alonso Schökel).

(d) Nuestro poema pertenece a la tercera colección, que comprende los Salmos (51[52]-71[72]). Si enfocamos el Salterio como un verdadero Libro, constatamos que nuestro salmo forma parte del segundo salterio davídico –compuesto por 21 poemas–, siendo parte de la tercera micro-colección de las cinco que lo componen.

La 3ª colección del 2º salterio Davídico está formada por los salmos 60(61)-63(64), que podría llevar por título: *Espiritualidad llena de confianza, tanto del rey-mesías, como de la comunidad* (4 “cantos”). Este conjunto de cuatro salmos encuentra su unidad en la gran confianza en el Señor y en la experiencia de la cercanía de Dios experimentada en el Templo. Están puestos en labios de David-Mesías-Rey:

60(61)	Lejos del Templo, oración a un Dios experimentado como cercano: <i>te invoco desde el confín de la tierra</i>	Súplica individual
61(62)	Durante los ataques del enemigo Dios es refugio seguro: <i>sólo en Dios descansa mi alma</i>	Salmo de confianza
62(63)	“encuentro” con Dios en su santo Templo: <i>a la sombra de tus alas canto con júbilo</i>	Salmo de confianza
63(64)	En medio de la conjura de los impíos Dios es el único refugio seguro: <i>El justo se alegra con el Señor, se refugia en él,</i>	Súplica individual

(e) Alusiones a, o **citas** de, nuestro salmo en el NT:

SALMO	NUEVO TESTAMENTO	TEMAS
63,5	1 Timoteo 2,8	<i>Levantando manos puras...</i>
63,7 ^a	Mateo 24,42	<i>Ustedes no saben a qué hora...</i>
63,9	Mateo 16,24	<i>Si alguien quiere seguirme...</i>
	1 Corintios 6,17	<i>Si alguno adhiere al Señor...</i>
	Romanos 8,35	<i>¿Quién nos separará del amor de Cristo?</i>
63,12	Romanos 3,19	<i>Que la boca permanezca cerrada</i>

(f) Cristo en el Salterio es nuestra roca en el desierto de Sinaí. Los Salmos, escritos y vivificados por su Espíritu, nos alimentan con pan en el desierto. ¡Apagan nuestra sed –como dice Isaías– en las fuentes del Salvador! (T. Merton).

(g) Y ahora, el prodigioso verso: *Mi alma tiene sed de ti*. ¡No malentendamos las palabras! “Alma” no es espiritualidad abstracta, sino lo más vivo en nosotros, lo que crece, respira y siente. Las palabras siguientes lo hacen muy evidente: *Mi cuerpo tiene deseo de ti*. ¡Con qué soberana concreción habla la frase! *Como tierra yerma y seca, sin agua*, así se siente el hombre que aquí habla. Sabe lo que es cuando se secan los pozos y toda la tierra está quemada por el sol. Así estoy yo, dice. Mi cuerpo, mi alma, todo mi ser tiene sed de ti, ¡oh Dios! (R. Guardini).

La palabra explica la palabra

Éxodo 24,9-11: *Moisés subió en compañía de Aarón, Nadab, Abihú y de setenta de los ancianos, y ellos vieron al Dios de Israel. A sus pies había algo así como una plataforma de lapislázuli, resplandeciente como el mismo cielo. El Señor no extendió su mano contra esos privilegiados de Israel: ellos vieron a Dios, comieron y bebieron* (cf. Hechos 10,41).

Éxodo 33,18-23: *Moisés dijo: “Por favor, muéstrame tu gloria”. El Señor le respondió: “Yo haré pasar junto a ti toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre del Señor, porque yo concedo mi favor a quien quiero concederlo y me compadezco de quien quiero compadecerme. Pero tú no puedes ver mi rostro, añadió, porque ningún hombre puede verme y seguir viviendo”. Luego el Señor le dijo: “Aquí a mi lado tienes un lugar. Tú estarás de pie sobre la roca, y cuando pase mi gloria, yo te pondré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después retiraré mi mano y tú verás mis espaldas. Pero nadie puede ver mi rostro”.*

Números 6,22-27: *El Señor dijo a Moisés: Habla en estos términos a Aarón y a sus hijos: Así bendecirán a los israelitas. Ustedes les dirán:*

Que el Señor te bendiga y te proteja.

Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y muestre su gracia.

Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz.

Que ellos invoquen mi Nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.

Deuteronomio 8,2-3: *Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto durante esos cuarenta años. Allí él te afligió y te puso a prueba, para conocer el fondo de tu corazón y ver si eres capaz o no de guardar sus mandamientos. Te afligió y te hizo sentir hambre, pero te dio a comer el maná, ese alimento que ni tú ni tus padres conocían, para enseñarte que el hombre no vive solamente de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Señor (cf. Mt 4,4).*

Isaías 26,9: *Mi alma te desea por la noche, y mi espíritu te busca de madrugada, porque cuando tus juicios se ejercen sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenden la justicia.*

Jeremías 15,16: *Cuando se presentaban tus palabras, yo las devoraba, tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón, porque yo soy llamado con tu Nombre, Señor, Dios de los ejércitos.*

Jeremías 31,14: *Colmaré a los sacerdotes con enjundia/manjares substanciosos/grasa de las víctimas (cf. Sal 63,6; Is 55,2), y mi pueblo se saciará de mis bienes –oráculo del Señor–.*

Jeremías 31,23-25: *Así habla el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: De nuevo se dirá esta palabra en el país de Judá y en sus ciudades, cuando yo haya cambiado su suerte: ¡Que el Señor te bendiga, morada de justicia, Montaña santa! Allí se establecerán Judá y todas sus ciudades, los agricultores y los que se desplazan con los rebaños. Porque yo daré de beber a los que están agotados y colmaré a los que están exhaustos.*

Ezequiel 39,23-29: *Las naciones sabrán que la casa de Israel fue al exilio por sus propias culpas, porque ellos se rebelaron contra mí. Entonces les oculté mi rostro, los entregué en manos de sus adversarios y todos cayeron bajo la espada. Los traté conforme a su impureza y a sus rebeldías, y les oculté mi rostro. Por eso, así habla el Señor: Ahora voy a cambiar la suerte de Jacob: tendré compasión de toda la casa de Israel y me mostraré celoso de mi santo Nombre. Ellos olvidarán su ignominia y todas las rebeldías que cometieron contra mí cuando habiten seguros en su propio suelo, sin que nada los perturbe. Cuando yo los haga volver de entre los pueblos y los congrege lejos de los países de sus enemigos, manifestaré mi santidad por medio de ellos a la vista de naciones numerosas. Ellos sabrán que yo, el Señor, soy su Dios, cuando los congrege en su propio suelo después de haberlos deportado entre las naciones, sin dejar allí a ninguno de ellos. Y ya no les ocultaré más mi rostro, porque habré derramado mi espíritu sobre la casa de Israel –oráculo del Señor–.*

Oseas 5,15: *Yo me iré [dice el Señor], regresaré a mi lugar, hasta que ellos se reconozcan culpables y busquen mi rostro: en su angustia, me buscarán ardientemente.*

Amós 8,11: *Vendrán días –oráculo del Señor– en que enviaré hambre sobre el país, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de escuchar la palabra del Señor.*

Salmo 4,7-9: *Hay muchos que dicen: “¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?”. Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino. En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú sólo, Señor, me haces vivir tranquilo.*

Salmo 13,2-4: *¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? ¿Hasta cuándo he de estar preocupado, con el*

corazón apenado todo el día? ¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo? Atiende y respóndeme, Señor Dios mío, da luz a mis ojos, para que no me duerma en la muerte

Salmo 17,15: *Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia, y **al despertar me saciaré de tu semblante.***

Salmo 22,23-25: *Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alábenlo, linaje de Jacob, glorifiquenlo, témanlo, linaje de Israel. Porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; **no le ha escondido su rostro:** cuando pidió auxilio, lo escuchó.*

Salmo 27,7-8: *Escúchame, Señor, que te llamo, ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: **“Busquen mi rostro”.** –Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.*

Salmo 32,7: *Tú eres mi refugio: me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación.*

Salmo 42,2-3: *Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; **tiene sed de Dios, del Dios vivo:** ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*

Salmo 73,23-26: *Yo siempre estaré contigo, tú agarras mi mano derecha, me guías según tus planes, y me llevas a un destino glorioso. ¿No te tengo a ti en el cielo? Y contigo, ¿qué me importa la tierra? Se consumen mi corazón y mi carne por Dios, mi lote perpetuo.*

Salmo 143,4-7: *Mi aliento desfallece, mi corazón dentro de mí está yerto. Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos y extendiendo mis brazos hacia ti: **tengo sed de ti como tierra reseca.** Escúchame en seguida, Señor, que me falta el aliento. **No me escondas tu rostro,** igual que a los que bajan a la fosa.*

Eclesiástico 24,18-21: *Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. Yo, que permanezco para siempre, soy dada a todos mis hijos, a los que han sido elegidos por Dios. ¡Vengan a mí, los que me desean, y sáciense de mis productos! Porque mi recuerdo es más dulce que la miel y mi herencia, más dulce que un panal. Los que me coman, tendrán hambre todavía, los que me beban, tendrán más sed.*

Mateo 5,6: *Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.*

Mateo 23,37: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!*

Juan 4,13-14: *Jesús respondió [a la Samaritana]: “El que beba de esta agua tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, **nunca más volverá a tener sed**. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna”.*

Juan 6,35: *Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed.*

Juan 7,37: *El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús, poniéndose de pie, exclamó: “El que tenga sed, venga a mí; y beba”.*

Juan 19,28: *Sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: **Tengo sed**.*

Hechos 10,40-41: *Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se manifestara, no a todo el pueblo, sino a testigos elegidos de antemano por Dios: a nosotros, que **comimos y bebimos con él**, después de su resurrección (cf. Éxodo 24,11).*

Romanos 8,35: *¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?*

1 Corintios 6,17: *El que se une al Señor se hace un solo espíritu con él.*

1 Timoteo 2,8: *Quiero que los hombres oren constantemente, levantando las manos al cielo con recta intención, sin arrebatos ni discusiones.*

Apocalipsis 21,6-7: *¡Ya está! Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tiene sed, yo le daré de beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El vencedor herederá estas cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo.*

Apocalipsis 22,17: *El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!”, y el que escucha debe decir: “¡Ven!”. Que venga el que tiene sed, y el que quiera, que beba gratuitamente del agua de la vida.*

De la tradición de Israel

Midrash Tehillim (Comentario homilético a los Salmos):

Salmo de David cuando estaba en el desierto de Judá.

Oh Dios, tú eres mi Dios: a la aurora te busco. De ti tiene sed el alma mía te anhela mi carne en tierra árida, agostada, sin agua (Sal 63,1-2).

V. 1: *Salmo de David cuando estaba en el desierto de Judá.* A esto corresponde aquel otro texto, que dice: *Señor, en la angustia te buscamos; en silencio oramos a ti, mientras tu corrección pesaba sobre nosotros (Is 26,16).* ¿Cuándo es que Israel busca al Santo –bendito sea–? Cuando se halla en la angustia, como está dicho: *En mi angustia clamé al Señor (Sal 18,7).* Así también David, cada vez que caía en la angustia, se dirigía al Santo –bendito sea–. De hecho se dice: *Salmo de David, cuando huía ante su hijo Absalón (Sal 3,1); Cuando los Zifeos vinieron a decir a Saúl: David se esconde entre nosotros (Sal 54,2); Cuando Doeg el idumeo vino a anunciar a Saúl: David se ha refugiado en casa de Aquimelec (Sal 52,2); Cuando huyó ante Saúl en la caverna (Sal 57,1).* Y también aquí dice: *Cuando estaba en el desierto de Judá.* No está escrito: “Salmo de David cuando era rey”, sino “cuando estaba en el desierto de Judá”. Por eso dice también: *En la tribulación grité al Señor (Sal 118,5); En el día de la angustia yo confío en ti (Sal 56,4); Me estuvo bien haber*

sido humillado, para así aprender tus decisiones (Sal 119,71). Por eso, también aquí está escrito: *Salmo de David cuando estaba en el desierto de Judá*.

V. 2: *Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco*. Esto es lo que dice la Escritura: *Yo amo a los que me aman, y los que me buscan, me encuentran* (Pr 8,17). La Torá dice: Yo amo, a los que me aman; a todo el que me ama, yo lo amo. O: a todo el que me ama, a ese lo amo. Porque David me ama, yo lo amo, y porque él me busca yo lo busco y me dejó encontrar por él. Por eso el salmo dice: *Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco*.

A. Chouraqui:

V. 2: *tiene sed* de la unión mística; el cuerpo gime buscando la paz que libera el alma. A *la aurora*: en el momento en que triunfa la luz.

V. 3: El deseo de Dios soporta la aridez, la desnudez y el sufrimiento del desierto; pero tal deseo hace surgir la exigencia de penetrar en la morada de santidad, en la apasionante experiencia de la *visión*.

V. 9: *Apega/adhiere*: se adhiere a ti, se une a tu luz, [Señor].

La aurora se deja presentir,..., el alma y el cuerpo, torturados por la sed, todavía asediados por *los que surgen de los abismos de la tierra* (cf. v. 10), presienten, desde ya, el triunfo de la unidad, el anhelo de eternidad.

Nuestro salmo en la liturgia judía

Raíces bíblicas

Oración, matutina, de apertura

Números 24,5
Salmo 95,6
Salmo 141,2
Salmo 63

¡Qué hermosas son tus carpas, oh Jacob, y tus moradas, oh Israel! Confiando en tu misericordia, Señor, yo entro en tu casa y me prostro ante el santuario de tu gloria. Amo tu casa, oh Eterno, el lugar en el que reside tu majestad. Oro inclinado, arrodillado y postrado ante el Eterno, mi creador. Que mi oración, oh Dios mío, llegue hasta ti en el momento favorable y pueda ser escuchada por la poderosa intervención de tu gracia. Cuando alzo mis manos, oh Eterno Dios mío, yo te imploro y tú me escuchas.

Los Maestros de la fe nos iluminan

Orígenes: Entiende y comprende, a partir de la frase: *se ha endurecido el corazón* (Is 6,10), que nada hay en [su persona] excepto preocupaciones humanas y carnales. (...) Por eso, sabiendo que hay dos posibilidades: o que el corazón se endurezca por las preocupaciones seculares, o que se ablande por las preocupaciones espirituales, cuando alguno medita las cosas del Señor, arrojando la dureza del corazón, –y sabiendo que si su corazón se endurece no podrá aceptar las palabras de Dios ni verá la salvación de Dios–, renunciemos a la dureza y asumamos aquella que ha sido llamada “maleabilidad”, para que también nosotros, tal como el profeta, digamos: *¡Tuvo sed de ti el alma mía, cuánta sed de ti, tiene mi carne, en una tierra desierta, impracticable y sin agua!, ¡así me presenté ante ti en el Santuario!* (Sal 62,2-3). (...) Esto sea dicho como explicación de la palabra: *Se ha endurecido el corazón de este pueblo*.

Gregorio de Nacianzo: [Basilio distribuía alimentos] al repartir el alimento del logos, cosa que es una beneficencia y una generosidad más perfecta, verdaderamente celestial y sublime, porque si es cierto que el logos es el pan de los ángeles –pan que comen y beben las almas que tienen hambre de Dios y que buscan el alimento que no se consume ni se pierde, sino que permanece para siempre–, alimento que [Basilio] dispensaba a manos llenas.

Hilario de Poitiers: Dios es Dios de todo el mundo, pero es *mi* Dios porque lo conozco. La derecha de Dios es Cristo. Aquel que se adhiere a Dios es asumido por el Verbo y sabe que será hecho conforme a su cuerpo de gloria (cf. Flp 3,21).

Jerónimo Presbítero: En medio de la aridez y la soledad de este mundo la Iglesia tiene sed de Dios por un impulso del alma y del corazón. El Señor tiene hambre de la fe de la Iglesia y sed por la salvación de las almas. Por su parte la Iglesia, tiene, cada día, sed de Cristo.

El atardecer fue el momento en el que Adán se escondió en el paraíso. El atardecer representa la vida entre lágrimas que todos padecemos, a partir de Adán, y lo mismo ocurrió con la muerte de Cristo. El amanecer, en cambio, representa la Resurrección de Cristo, la resurrección de las almas y la consumación de los siglos.

Agustín de Hipona: En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras *camina*mos por la fe y no por la visión (2 Co 5,7) debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar. Aprenda en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como a una *lámpara colocada en lugar tenebroso hasta que nazca el día y el lucero brille en nuestros corazones*. Como una fuente inefable de ese resplandor es aquella luz, que reluce en las tinieblas de tal modo que las tinieblas no la envuelven. Para verla hemos de limpiar nuestros corazones por medio de la fe, pues *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios, ya que sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es*. Entonces habrá verdadera vida tras la muerte, y verdadero consuelo tras la desolación. Aquella vida eximirá a nuestra alma de la muerte, y aquel consuelo librárá nuestros ojos de lágrimas. Y pues allí no habrá tentación alguna, sigue diciendo el Salmo: *Y librárá mis pies de la caída*. Pues si no hay ya tentación, tampoco habrá oración; porque no cabrá allí esperanza del bien prometido, sino goce pleno del bien otorgado. (...) Una viuda desolada, aunque tenga muchos hijos y nietos y lleve piadosamente su casa, procurando que todos los suyos pongan su esperanza en Dios, tiene que decir con este consuelo en la oración: *Mi alma sentía sed de ti; ¡cuánto te desea mi carne en esta tierra desierta, y sin camino, y sin agua!* (Sal 62,2). Esto es, esta vida moribunda, por muchos consuelos humanos que la rodeen, por muchos compañeros de camino que tenga, por mucha abundancia de cosas que la llenen. Bien sabes cuan inciertas son todas las delicias. Y en comparación de aquella felicidad prometida, ¿qué podrían ser, aunque no fuesen inciertas?

Este salmo [62] habla en persona de Cristo nuestro Señor, es decir, de la cabeza y de los miembros. Ya que aquel único que nació de María, y padeció, y fue sepultado, y subió al cielo, y ahora está sentado a la derecha del Padre e intercede por nosotros, es nuestra cabeza. Si él es nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros. Toda su Iglesia, que se halla diseminada por el mundo entero, es su cuerpo, del cual él es la Cabeza. Todos los fieles, no sólo los actuales, sino también los que existieron antes que nosotros y los que después de nosotros han de existir hasta el fin del mundo, pertenecen a su cuerpo, del cual él es la cabeza, que está en los cielos. Como conocemos ya la cabeza y el cuerpo, él la cabeza y nosotros el cuerpo, cuando oímos su voz, debemos entenderla como procediendo de la *cabeza*, y del cuerpo, porque todo cuanto padeció, también lo padecemos nosotros en él, y, asimismo, lo que padecemos nosotros, él lo padece en nosotros.

Como en el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Ya que no vino a nosotros para alejarse de allí, *porque en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él*. Este Verbo ha de ser contemplado por nosotros. Pues se mostrará el *Dios de los dioses en Sión* (Sal 83,8) ¿Cuándo? Después de la peregrinación, habiendo terminado ya el camino, si no somos entregados al juez después de terminado el camino para que nos introduzca en la cárcel. Pero si, terminado el camino, llegamos a la patria, conforme esperamos, deseamos y nos esforzamos, contemplaremos en ella lo que siempre alabaremos y no decaerá lo que continuamente se nos da, ni nosotros, los que nos hemos de gozar; ni se hastiará el que come ni faltará qué comer. Aquella contemplación será maravillosa y grande. ¿Y quién podrá en esta vida hablar dignamente de ella cuando *fluyen las aguas por medio de los montes*? (cf. Sal 103,10). Luego, mientras tanto corran las aguas entre los montes y fluyan, mientras pasan las aguas, se bebe en la peregrinación para que no perezcamos de sed en el camino.

Juan Casiano: [El Apóstol Pablo] no sólo nos cuenta que terminó su carrera cuando dice: *Corro, no como quien corre sin saber adónde* (1 Co 9,26) –lo que se refiere especialmente a la tensión de su alma y al fervor de su espíritu por el que con todo ardor seguía a Cristo, como canta la esposa: *Corremos tras el aroma de tus perfumes* (Ct 1,3) y también: *Mi alma se adhiere a ti* (Sal 62,9)–, sino que también da testimonio de que ha vencido otro género de combates al decir: *Peleo, no como quien tira golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre* (1 Co 9,26-27). Esto se refiere propiamente a los sufrimientos que exige la continencia, al ayuno corporal y a la mortificación de la carne.

Nuestra propia experiencia nos hará conocer tanto el deber –y al mismo tiempo–, la posibilidad de permanecer *inseparablemente* unidos al Señor, si mortificamos nuestras voluntades y alejamos lo que excita nuestros deseos mundanos. Seremos entonces instruidos por el testimonio de aquellos que con plena confianza dicen, en íntimo coloquio, al Señor: *Mi alma está apegada a ti* (Sal 62,9). *Estoy adherido a tus mandamientos, Señor* (Sal 118,31) *Mi gozo es estar unido a mi Dios* (Sal 72,28), y, *el que se une al Señor se hace un mismo espíritu con él* (1 Co 6,17).

Regla de san Benito: “No se reciba fácilmente al que recién llega para ingresar a la vida monástica, sino que, como dice el Apóstol, *prueben los espíritus para ver si son de Dios*. Por lo tanto, si el que viene persevera llamando (...),

permítasele entrar, y esté en la hospedería unos pocos días. (...) Asígnesele un anciano que sea apto para ganar almas, para que vele sobre ellos solícitamente. Esté atento para ver si el recién llegado verdaderamente busca a Dios” (RB 58,1-7).

“Cada uno, con gozo del Espíritu Santo, ofrezca a Dios [durante la cuaresma], algo sobre la medida establecida (...) anhelando la Pascua con la alegría del deseo espiritual” (RB 49,6-7).

Teresa de Ávila: Hay unas almas y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien las haga parar. Ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego. Es su misma naturaleza, o Dios que lo permite. Heles mucha lástima, porque me parecen como unas personas que han mucha sed y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien las defienda el paso al principio y medio y fin. Acaece que, cuando ya con su trabajo –y con harto trabajo– han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer y quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar. (...) A los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, que quien la bebiere no tendrá sed. Y con cuánta razón y verdad, como dicho de la boca de la misma Verdad, que no la tendrá de cosa de esta vida, aunque crece muy mayor de lo que acá podemos imaginar de las cosas de la otra por esta sed natural. Mas ¡con qué sed se desea tener esta sed! Porque entiende el alma su gran valor, y aunque es sed penosísima que fatiga, trae consigo la misma satisfacción con que se mata aquella sed, de manera que es una sed que no ahoga sino a las cosas terrenas, antes da hartura, de manera que cuando Dios la satisface, la mayor merced que puede hacer al alma es dejarla con la misma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua.

Juan de la Cruz: De tal manera anda el alma en este tiempo, que aunque en breves palabras, no quiero dejar de decir algo de ello, aunque por palabras no se puede explicar. Porque la sustancia corporal y espiritual parece al alma se le seca en sed de esta fuente viva de Dios, porque es su sed semejante a aquella que tenía David cuando dijo (Sal 41,2-3): *Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios. Estuvo mi alma sedienta de Dios, fuente viva; ¿cuándo vendré y pareceré delante la cara de Dios?* Y fatígala tanto esta sed, que no tendría el alma en nada romper por medio de los filisteos, como hicieron los fuertes de David, a llenar su vaso de agua en la cisterna de Belén (1 Cro 11,18), que era Cristo. Porque todas las dificultades del mundo y furias de los demonios y

penas infernales no tendría en nada pasar por engolfarse en esta fuente abisal de amor. Porque a este propósito se dijo en los *Cantares* (8,6): *Fuerte es la dilección como la muerte, y dura es su porfía como el infierno*.

Oraciones sálmicas

Tú conoces, Señor la sed de nuestra alma que desfallece en la tierra reseca de nuestros pecados; sáclanos, pues con el agua, la enjundia y la manteca de tu perdón, y nuestro corazón cantará tus maravillas por los siglos de los siglos (Serie A).

Señor Jesús, que proclamaste dichosos a los que tienen hambre y sed de justicia: escucha la voz de nuestro corazón de barro que te desea como la tierra reseca al agua, y sáclanos en el banquete de tu palabra y de tu gracia (Serie B).

Señor, tú sabes el deseo de nuestra alma, exiliada en una tierra desierta a causa de nuestros pecados. Cólmanos de los beneficios de tu perdón, cual el mejor de los manjares, para que nuestro corazón medite continuamente en ti (Serie Africana).

Señor, creador de la luz eterna, concede a los que te buscan desde la aurora, la luz que jamás declina, para que nuestros labios te alaben, nuestras vidas te bendigan y nuestra meditación matutina te glorifique (Serie Romana).

Desde temprano a la mañana, Santo Señor, nuestra meditación descansa en ti: gracias a ella nuestros espíritus se despiertan desde la aurora. Verdaderamente tú eres el día eterno y sin ocaso: pensar en ti, ilumina; adorarte, hace resplandecer (Serie Hispana).

Desde la aurora nos volvemos hacia ti, Padre, tú eres nuestro único sustento, sólo en ti se sacia nuestra insaciable sed; guía nuestros pasos con la luz de tu verdad, hasta el instante en que podamos contemplar tu rostro. Amén (P. Turolde).

¿Comes muchas veces por día?, ¡no dejes de alimentarte cada día!

¡Repite, asimila, vive la palabra! repite, durante toda la semana, una y otra vez:

{inspirando}

¡Tengo sed de ti!

{expirando}

¡Señor, Dios mío!